

LA EMIGRACIÓN EN LA NARRATIVA CANARIA

OSVALDO RODRÍGUEZ PÉREZ

I. ANTECEDENTES SOBRE EL TEMA

La emigración, como el exilio, son fenómenos sociales dignos de estudio por la huella que dejan en la historia y en la cultura de los pueblos. Es un hecho de todos conocido que la comunidad canaria ha pasado por intensos periodos de emigración, sólo comparable a los del pueblo gallego o vasco. Por no ser de mi competencia, no voy a replantear aquí el viejo problema acerca de las causas —estructurales o coyunturales— de la emigración canaria. Lo que sí me interesa es abordar tal fenómeno histórico desde el ámbito de la literatura, particularmente desde la narrativa, porque es a través de esta expresión cultural donde se manifiesta con mayor propiedad, a mi juicio, la experiencia individual y colectiva del desarraigo.

La fórmula acuñada por un estudioso de la literatura, que dice «dame una novela y te diré de qué pueblo es», resulta lo suficientemente explícita como para comprender que la narrativa puede ser percibida como un auténtico depósito de la memoria colectiva. Tal es el caso de un gran sector de la literatura de Canarias, comunidad fuertemente condicionada por la emigración forzada en diversos momentos de su historia.

La literatura, en especial la novela, recoge la experiencia colectiva de este pueblo hasta el punto de que el tema de la emigración ha sido, en realidad, una cantera inagotable de la ficción literaria. Esto, en el bien entendido de que la narrativa, en tanto expresión simbólica de la realidad, está vinculada necesariamente a un determinado referente cultural. Por otra parte, si la cultura es la síntesis de la experiencia de una comunidad, comprenderemos que esta narrativa, en

tanto producto cultural, no puede ser ajena a un fenómeno colectivo que le toca tan de cerca.

La conciencia que existe en Canarias en relación con este hecho es evidente. Para demostrarlo están los múltiples estudios recogidos, en su mayor parte, por las *Actas* de este Coloquio. Trabajos estos que hablan de la relación Canarias-América desde los más diversos puntos de vista: histórico, lingüístico, literario, sociológico, folclórico, etnográfico y artístico, en general. Pese a todo, una visión de conjunto revela que los estudios literarios sobre el tema de la emigración están muy descompensados respecto de la importancia que le han dado otras disciplinas.

Desde la historia, por ejemplo, se han perfilado con precisión las épocas migratorias de mayor intensidad, tales como las que se producen a finales del siglo pasado y principio de este. Del mismo modo, se han estudiado las oleadas migratorias —algunas de ellas particularmente dramáticas— que se suceden desde la postguerra hasta los años sesenta, aproximadamente. También desde la historia se ha seguido la ruta de los emigrantes, señalando los puntos de destino más apreciados por los canarios: Cuba hasta los años treinta y Venezuela hasta los sesenta, en nuestro siglo.

En el campo de la literatura, más bien, desde la óptica del pensamiento literario, ha sido Juan Manuel García Ramos quien ha desarrollado en Canarias una línea coherente de pensamiento sobre el tema en cuestión. Su tesis, obviamente totalizadora, porque trasciende el fenómeno de la emigración para proyectarse al ámbito más amplio de las recíprocas influencias literarias canario-americanas, constituye un auténtico aporte y es un obligado punto de referencia para quienes deseen profundizar en el tema. Sobre el particular, remito a dos textos fundamentales de García Ramos: *Ensayos del Nuevo Mundo*¹ y «Narrativa canaria, narrativa latinoamericana: dos procesos de alumbramiento»². Por ahora, sólo me referiré al artículo que con el nombre de «Presencia de la narrativa hispanoamericana en la novela canaria»³ publica este autor en el libro *Canarias y América*. Mi propósito es poner de relieve, a través de las palabras de un estudioso de la literatura canaria y creador al mismo tiempo⁴, el testimonio de esa «presencia» en un momento tan importante como es el de la generación de los años 70, de la que también forma parte el citado escritor:

«Debemos leer al AROZARENA de *Mararía desde las atmósferas expresivas de Casas muertas* de Miguel Otero Silva o *Pedro Páramo* de Juan Rulfo; a Isaac de Vega, desde las recrea-

ciones metafísicas y existenciales de Ernesto Sábato; a Armas Marcelo, desde los afanes constructivos de Vargas Llosa o desde la verbosidad torrencial de Alejo Carpentier o Carlos Fuentes; a Cruz Ruiz y Víctor Ramírez, desde el presupuesto lingüístico de Cortázar o Guillermo Cabrera Infante; al último Fernando García Delgado, desde la sensibilidad de Mujica Lainez... o a nosotros mismos —concluye García Ramos— desde la subteraneidad de Juan Carlos Onetti»⁵.

En la misma línea de confluencias y trasvases culturales se sitúa el estudio de Sebastián de la Nuez, titulado «Proyección literaria canaria en América»⁶. Este trabajo, notable por la cantidad de información que aporta a pesar de su brevedad, sigue la huella de la escritura dejada por los emigrantes canarios en América. En este contexto cabe señalar, por ejemplo, el notable papel que le cupo al misionero jesuita José de Anchieta, emigrante lagunero del siglo XVI, considerado el primer escritor brasileño. Reconocimiento similar el de Silvestre de Balboa, emigrante Gran Canario que con su obra *Espejo de Paciencia* (1608) se le considera el primer poeta de Cuba. Lo mismo puede decirse de otros importantes escritores canarios como el mismo Graciliano Afonso, escritor tinerfeño que huye a Venezuela y Puerto Rico, país este último donde publica su obra *El beso de Abibinia* (1838).

Como se puede ver, la huella que dejan los emigrantes canarios en las letras americanas, desde sus propios orígenes, es profunda. No hay que olvidar tampoco, entrado nuestro siglo, el notable aporte intelectual de Agustín Millares Carlo, particularmente en Buenos Aires, México y Venezuela. Este también es el caso del escritor tinerfeño Matías Real quien, además de fundar allí la revista *Puerto Rico Ilustrado*, desarrolla en ese país una importante labor poética, de la cual son prueba sus poemarios *Intimidades* (1908), *Oasis* (1915) y *El jardín de la quietud* (1923).

No hay duda de que el registro de las voces canarias en América revela una presencia importante. No es este el lugar, de todos modos, para desarrollar este punto. Por ello, remito al antes citado estudio de Sebastián de la Nuez. Lo que sí quiero hacer notar aquí es que este «flujo y reflujos» de influencias mutuas, aunque ha sido estudiado desde la Historia y desde el Pensamiento Literario, no ha dado lugar —salvo notables excepciones⁷— a trabajos aplicados sobre el tema. Hecho este más desconcertante aún si se considera la enorme cantidad de material literario, especialmente narrativo, que existe sobre el particular.

II. LA EMIGRACIÓN COMO MATERIA NOVELESCA

Sin duda, la novela es el género dominante en los tiempos modernos. Ninguna como ella es más sensible a los cambios sociales y a la cultura del ámbito en el que se gesta. Por ello, historia y ficción novelesca no se excluyen, al contrario, se complementan. Por lo demás, en muchas ocasiones hechos históricos de la vida real —caso de la emigración clandestina de los canarios, por ejemplo— superan con creces a la propia ficción literaria.

Sobre el tema en cuestión existe una considerable cantidad de obras históricas de gran valor testimonial que se aproximan a la literatura. Sería imposible y no tendría ningún sentido hacer un registro exhaustivo de ellas; pero, sí vale la pena mencionar algunas. Sobre todo, las que han sido escritas en esta y en la otra orilla del Atlántico que abordan el fenómeno como emigración e inmigración, respectivamente.

Néstor Rodríguez Martín publica en Canarias *La Emigración Clandestina* (1988)⁸, que trata de la emigración desde Tenerife a Venezuela entre los años 40 y 50. El subtítulo («La aventura de los barcos fantasmas») revela de entrada la proyección literaria de esta obra histórica. Por supuesto que en él se le dedica un espacio a la famosa aventura de «Telémaco», contada además en décimas por el emigrante Navarro Rolo. Algo similar puede decirse del libro *Historia de la Emigración Clandestina a Venezuela* (1989)⁹ de José Ferrera Jiménez que, junto con dar cuenta de una serie de expediciones frustradas con el consiguiente anecdotario, incluye un interesante conjunto de relatos con todas las peripecias de los emigrantes evadidos.

Particular importancia tienen a este respecto dos libros, relativamente recientes también, escritos por venezolanos. Se trata de *La Libranza del Sudor* (1989) de Manuel Rodríguez Campos y *Al Suroeste de la Libertad* (1980) de Javier Díaz Sicilia. Dos obras de registro histórico, pero la historia de la emigración clandestina adquiere, en estos casos, dimensiones francamente literarias. A ello contribuyen los testimonios de los propios emigrantes que relatan las condiciones infrahumanas de la travesía. Rodríguez Campos denuncia en su libro el tráfico especulativo al que fueron sometidos los inmigrantes canarios en Venezuela. Circunstancias de la emigración clandestina no muy diferentes a las que vivieron los canarios en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil española, según Díaz Sicilia.

Los hechos históricos de la emigración —particularmente la clan-

destina— tienden naturalmente a convertirse en materia novelesca. Aventuras como la de «Telémaco», antes mencionada, exacerbaban en su momento la imaginación de la comunidad canaria afianzándose en la memoria colectiva como folclore; o bien, dando lugar a un cauce literario por el cual discurre gran parte de la narrativa insular. Historia, literatura y sociedad, por mucho que suene a tradición, en este caso menos que en ningún otro pueden considerarse compartimentos estancos; por mucho que algunos escritores —deseosos de una universalidad mal entendida— pretendan negar este evidente sustrato que hace de Canarias una cultura esencialmente híbrida, en este sentido, con Hispanoamérica.

Es cierto que la imaginación literaria no se limita al simple registro de la realidad, o de una parte de esa realidad, porque de hecho la trasciende al transformarse en expresión simbólica. De acuerdo con esto, es natural que un tema como este de la emigración tenga tanta presencia en la literatura y, en particular, en la narrativa de Canarias: tal experiencia es consustancial con su cultura. Lo mismo puede decirse del exilio y de la dictadura hispanoamericanos, hechos históricos, de una tremenda realidad, que han generado importantes ciclos novelescos. Cabe señalar, por ejemplo, en el caso de la novela de la dictadura hispanoamericana, la obra *Tirano Banderas* (1926), de Valle Inclán (otro exiliado en América). Tal novela, como se sabe, se constituye en el primer eslabón de una saga narrativa notable por su productividad textual. Recuérdese, al respecto, *El Señor Presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias; *El Recurso del Método* (1974), de Alejo Carpentier; *Yo el Supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos o *El Otoño del Patriarca* (1975), de Gabriel García Márquez. Otro registro tanto o más numeroso de novelas, algunas de notable calidad, es el que da lugar a la experiencia de la emigración que en América asume, por lo general, la forma del exilio¹⁰.

Como se habrá podido constatar hasta aquí, es innegable que el tema de la emigración ha tenido una importancia notable, al menos, en un sector de la narrativa de Canarias como lo ha tenido en Hispanoamérica. Otra cosa es plantearse su vigencia, pues el género tiende a convertirse en estereotipo. De hecho, así ha ocurrido al otro lado del Atlántico donde la narrativa actual se encauza, al parecer, por otros derroteros. Pero, ¿qué es lo que ha sucedido en Canarias en relación con este tema? El desarrollo del género en la narrativa insular discurre en forma paralela con la novela hispanoamericana, pero tiene otros matices y una mayor persistencia de acuerdo con la siguiente afirmación.

Puede decirse que la primera novela que trata el tema de la emigración en Canarias es *Cariños* (1905), de Ángel Guerra. Se señala sólo como un antecedente histórico, porque la serie textual está constituida por otras obras más contemporáneas y, por supuesto, con patrones narrativos más actuales. Algunas de estas obras estructuran su universo imaginario en torno al tema de la emigración, otros lo tocan tangencialmente. Este último es el caso de *Mararía* (1973), de Rafael Arozarena. En ella, el personaje llamado Alfonso representa la figura de un indiano muy particular que vuelve del revés el mito del emigrante que regresa a su tierra enriquecido. Alfonso vuelve de Cuba con «un pulmón desinflado» pero ostentando, como único signo de su quimérica riqueza, el «diente de oro» frente a las ilusiones migratorias de Mararía.

El tema de la emigración tiene una mayor incidencia en *Tristeza sobre un caballo blanco* (1979) de Alfonso García Ramos, cuyo universo imaginario está presidido por la melancólica visión del abuelo que ha emigrado al otro lado del Atlántico. Un registro lírico similar, derivado de la conciencia de la emigración como inevitable desarraigo, es el que atraviesa también el mundo imaginario de Juan Pedro Castañeda en su novela *La despedida* (1977). El «leiv-motiv» de la *maleta* (que evoca el famoso poema de Pedro Lezcano) constituye el trasfondo dramático de esta novela, cuyo título pone de relieve aquel instante límite de la partida, acaso sin retorno.

En el ámbito de la novela historiográfica, próxima a la crónica de sucesos históricos, hay que mencionar también dos novelas que recrean en la ficción narrativa el tema de la emigración clandestina con notable acierto. Se trata de *Antípodos* (1980), de Alfonso O'Shanahan y *La Infinita Guerra* (1985), de Luis León Barreto. Novela esta última, en la que se representa, también con bastante patetismo, las dramáticas circunstancias de la emigración clandestina de la postguerra.

Derivados también del tema de la emigración, se perfilan desde la narrativa de Canarias figuras de un relevante perfil literario. Es el caso, por ejemplo, de Juan Camacho, el siniestro inmigrante cubano que en *Las Espiritistas de Telde* (1981), de León Barreto se integra, sin mayores problemas, en el mágico ambiente de Tamarán. Allí, en ese ámbito de perversa imaginería, ejerce impunemente sus prácticas inductoras que culminarán con la muerte de la protagonista. Don Arcadio, el personaje de la novela *Bastardos de Bardinia* (1991) de Emilio González Déniz, también viene de Cuba; pero él es un canario que regresa a su tierra investido de una sospechosa condición sacerdotal, después de su clandestina emigración a la isla del Caribe.

En realidad, el personaje de González Déniz reproduce todas las características del pícaro obligado a sobrevivir en el exilio. Después de asentarse definitivamente en Bardinia pasa a formar parte del sistema caciquil de la isla como un cacique más; pero, subvirtiendo, desde dentro, el orden religioso y social que mantienen a toda costa las autoridades franquistas.

III. EL GIRO REAL, DE ELFIDIO ALONSO: LA EMIGRACIÓN Y EL FOLCLORE NARRATIVO

En fin, son muchos los ejemplos que confirman la presencia directa o indirecta del tema de la emigración en la narrativa de Canarias. Para terminar, y sólo como vía de ejemplo, me referiré a una novela particularmente importante para mí porque confirma el enraizamiento folclórico del tema en cuestión, además de la dimensión histórico-social con que lo ha tocado gran parte de la novelística insular. Se trata de *El Giro Real* (1983) de Elfidio Alonso, novela cuyo título remite al mundo de los gallos de pelea, práctica que constituye todo un ritual en ambos lados del Atlántico.

En realidad, el relato de Elfidio Alonso plantea dos emigraciones forzadas. Una, la de Viera y Clavijo, perseguido por la maledicencia y la Inquisición lagunera; la otra es la de un niño expósito enviado a Venezuela para cubrir «pecados», desde donde regresará al cabo de treinta años convertido en un indiano. Ambas historias discurren por cauces ambientales y temporales distintos, pero convergen en la unidad de una misma emigración forzada por las circunstancias. La de Viera y Clavijo se sitúa en el ámbito «ilustrado» de La Laguna en el siglo XVIII y la de Pablo (nótese la proximidad del nombre con el «Pablos» de Quevedo) se gesta en la isla de La Palma y se desarrolla en tiempos de la postguerra civil. Viera y Clavijo emigra a Europa y Pablo lo hace a América, pero el conflicto de uno y otro con su medio tiene el mismo sello caciquil de intolerancia y represión, determinantes del exilio concebido como huida. Tanto Viera como Pablo se constituyen en parias de una sociedad cuya convivencia está regida por patronos enquilosados que no admiten cambio alguno.

Personaje clave del relato es el viejo «Roque»; figura que encarna la memoria colectiva de su pueblo. Roque es un emigrante canario que ha vuelto a su tierra, desde la otra orilla del Atlántico, con los secretos de la riña de gallos. Allí también se hizo experto en coplas y en décimas populares, despertando la admiración cuando se

enfrenta en lucha de versos con «Bernardo, el de la Juana», como si de una auténtica riña de gallos se tratara.

La escritura de Elfidio Alonso se hace folclore cuando, en décimas también, recrea en la ficción novelesca episodios de la emigración canaria como la antes mencionada aventura de «Telémaco», el barco con náufragos canarios condenado a permanecer a la deriva por voluntad de los españoles que los dejan en alta mar, abandonados a su suerte. Nótese, por ejemplo, en el siguiente párrafo de la novela, que la prosa reproduce con exactitud la estructura versal de la décima:

«Ruta el piloto pidió por estar desorientado; confuso y desalentado. El capitán se la dio. Uno del puente pidió que nos dieran provisión a hijos de la nación que piden ser auxiliados; no hay derecho a ser tratados con tan mala condición»¹¹.

Elfidio Alonso, del mismo modo como lo hace Galdós en sus novelas *Tormento* (1884) y *La Loca de la Casa* (1892), recrea con simpatía la figura del indiano en la ficción narrativa. Para este escritor, el emigrante que retorna en su relato es un auténtico revulsivo para la endémica inercia de la sociedad insular. El nuevo gallo de pelea con que Pablo regresa de Venezuela es un símbolo más que relevante a este respecto:

«Aquel «giro real» que llevaba en el avión -dice el narrador- era una verdadera fiera»¹².

Tal dimensión simbólica y reivindicativa de la novela de Elfidio Alonso no se restringe al ámbito popular en el que se desarrollan las riñas de gallo. También es asumida en el marco de la ilustración canaria cuando el autor pone en boca del mismo Viera y Clavijo el siguiente «desideratum»:

«Ya es hora [...] de que tengamos en Canarias nuevos «giros reales», hechos con los castíos de todas las islas. Es la única forma que tenemos para lograr la unidad y poder alcanzar el apoyo de nuestra propia especie...»¹³.

IV. CONSIDERACIONES FINALES A MODO DE CONCLUSIÓN

De acuerdo con lo planteado hasta aquí, creo que sería una redundancia insistir en la importancia de la emigración como tema y moti-

vo novelesco en un importante sector de la narrativa de Canarias. No hay duda de que las orientaciones literarias que marcan el rumbo de esta narrativa es variado y complejo; pero es innegable que un tema como este, auténtica cantera de la narrativa insular, merece ser estudiado con todo el rigor que se merece. No he planteado aquí cuestión valorativa alguna, a pesar de que, obviamente, hay altibajos notables en las novelas que integran la serie narrativa de la emigración en Canarias. Es posible también que el género sea hoy un estereotipo en relación con la creación literaria como lo es, sin duda, en América; pero sigo pensando que en el marco de los estudios literarios no se le ha dado a este tema la importancia que demanda su efectiva presencia en la literatura y en la cultura insular.

NOTAS

1. GARCÍA RAMOS, Juan Manuel: *Ensayos del Nuevo Mundo*, Las Palmas de G.C., ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Servicio Insular de Cultura (Colección «Alisios», núm. 8), 1973.
2. GARCÍA RAMOS, Juan Manuel: «Narrativa canaria, narrativa latinoamericana: dos procesos de alumbramiento», *Encuentro de narrativa canaria* (ed. de María del Carmen Martínez, J. P. Castañeda, B. Dietz y J.M. García Ramos, La Laguna, Ateneo de La Laguna y ayuntamiento de La Laguna, 1985).
3. GARCÍA RAMOS, Juan Manuel: «Presencia de la narrativa hispanoamericana en la novela canaria», *Canarias y América* (dirigido por Francisco Morales Padrón), de la *Gran Enciclopedia de España y América*, Madrid, Espasa Calpe, 1968.
4. Remito a las siguientes novedades de GARCÍA RAMOS, J. M.: *Bumerán* (1974), *Malaquita* (1991) y *El inglés* (1992).
5. *Ibidem*, p. 268.
6. LA NUEZ CABALLERO, Sebastián de: «Proyección literaria canaria en América», *Canarias y América* (s/v. nota núm. 3).
7. QUEVEDO GARCÍA, Francisco J.: *Constantes temáticas y formales de la narrativa canaria de los años sesenta*, Tesis doctoral presentada por el autor para ser leída en el Departamento de Filología Española de la Universidad de La Laguna, 1994 (inédita).
8. RODRÍGUEZ MARTÍN, Néstor: *La emigración clandestina* (La aventura de los barcos fantasmas), ediciones del Cabildo Insular de Tenerife (Colección «Arte e Historia», núm. 4), 1988.
9. FERRERA JIMÉNEZ, José: *Historia de la emigración clandestina a Venezuela*, Las Palmas de G.C., ediciones Prensa Canaria, 1989.
10. Sobre el particular véase, entre otras, las siguientes novelas: *Con acento extranjero* (1984), Fernando Aínsa; *El pretexto de París* (1985), Jorge Assis; *Primavera con una esquina rota* (1982), Mario Benedetti; *Los Exiliados* (1966), Gabriel Casaccia; *Años de Fuga* (1979), Plinio Mendoza.
11. ALONSO, Elfidio: *el giro real*, Barcelona, edit. Argos Vergara, 1983, p. 143.
12. *Ibidem*, p. 177.
13. *Ibidem*, p. 191.